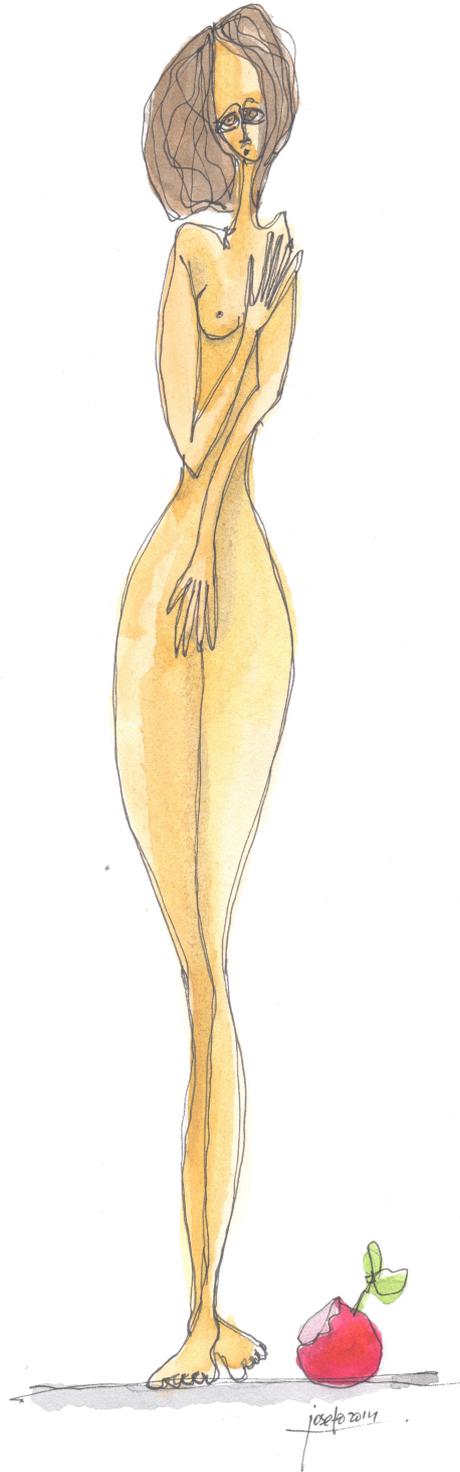


LA VERGÜENZA

Jorge Medina



Capítulo 1

A la estación de buses llegó primero el clic-clac cli-clac de sus pasos, luego la gamuza polvorienta de sus tacones negros. Se acercó a la ventanilla, esculcando el bolso de cuero rayado para encontrar la billetera, entonces descubrió, parada frente al cristal, que la dejó en el comedor cuando hizo las cuentas de la semana. Levantó la mirada y le dijo “no” a la tiquetera, moviendo la cabeza trémula, balbuceando una justificación nerviosa e incomprensible. Se dio la vuelta, inhaló profundo, se acercó al hombre más distante para adueñarse de un tiempo, escaso (pero justo), en el que pudiera pensar la forma de decirlo.

—Buena tarde —se detuvo, inquieta; luego sentenció—: caballero.

—Buenas tardes, señorita, ¿en qué la puedo ayudar?

La concesión amable del hombre le facilitó la circunstancia. Rápidamente, sin darle espacio a la razón, enjaulando la vergüenza, le solicitó:

Primero aclaró la voz.

—¿Podría usted colaborarme con lo del pasaje?

No dijo ninguna otra palabra, no agregó ninguna modestia; habría sido incapaz, de haberse requerido.

El bondadoso desconocido metió la mano en el bolsillo, esculcó paciente, pero ya no era ni siquiera la paciencia de los condescendientes. Miró al suelo, la mano siguió en el agujero del pantalón; parece que vio los zapatos de la mujer, trazando con el rostro una mueca de desprecio.

—Tenga —le ofreció— consígase lo que falta. Y se marchó sin esperar ni una señal de aceptación ni una de agradecimiento. Huyó como los que no tienen esperanza.

La mujer contó las monedas y no fueron suficientes. Repitió la operación dos veces más y dos veces más soportó un trato similar: uno que se asemeja al cariño de los distantes para culminar en el hastío de los que reposan cerca. Cuando por fin pudo acercarse a la ventanilla, alcanzó a verse el reflejo pálido, la boca apretándose los labios como en un abrazo compasivo, inútil. La tiquetera le entregó el pasaje, sonriendo.

Entró a la estación, se trepó al bus; descendió en la calle de Los Encuentros. Saludó a La Morocha, con alegría, de esas sin disimular. Se plantó de perfil junto al poste, contenta como los perros que mueven la cola, para esperar al primer caballero.